

SOY LIBRE **Lucas 4: 16-22**

Este martes 4 de Julio se celebra el 241 aniversario de la independencia de los Estados Unidos de América. Es un día de gran fiesta y gozo en este país. Estados Unidos declaró su separación oficial del Imperio Británico el 4 de julio de 1776. En ese entonces, las Trece Colonias Norteamericanas firmaron un tratado en el que ya no reconocían el dominio de Gran Bretaña (Inglaterra) sobre ellos y se autodeclararon como los trece nuevos Estados Soberanos e Independientes formando una nueva nación que se conocería como los Estados Unidos.

Tres hombres aparecen como figuras principales de esa declaración de independencia: Thomas Jefferson, John Adams y Benjamin Franklin. Thomas Jefferson y John Adams fueron presidentes de los Estados Unidos y murieron el mismo día, un 4 de Julio de 1826, cuando se celebraba el 50 aniversario de independencia de la nación.

Aquel 4 de Julio de 1776 marcaba el día de libertad de un país y para que el pueblo nunca se olvide de lo importante que esto significa, de todo lo que se tuvo que sacrificar, sobre todo, vidas humanas para vivir una vida de libertad y paz fuera del dominio de otra nación, se estableció este día como día de fiesta nacional. Por eso se recuerda cada año y se hace con gran alegría y fiesta, rindiendo tributo a todos esos grandes héroes, conocidos y anónimos, que pelearon tanto en el campo de batalla como en la dirección del movimiento, muchísimos de ellos entregando sus vidas para poder dar libertad y paz a esta gran nación.

Del mismo modo, y con mucha mayor razón, los cristianos nunca debemos olvidar a Aquel que vino para darnos libertad sacrificando su propia vida para que pudiéramos ser salvos de la muerte eterna y del infierno tormentoso y para traernos paz con Dios el Padre. Al hacerlo debemos de hacerlo con gran alegría y fiesta, honrando a nuestro Salvador Jesucristo.

A nosotros no nos costó absolutamente nada la libertad y la paz que se vive en los Estados Unidos, pero sí es nuestra responsabilidad honrar a esos héroes y es nuestra responsabilidad vivir trabajando duro y respetando las vidas de los demás. Como dijo un gran líder mexicano

llamado Don Benito Juárez: *“Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”*. Tenemos que vivir vidas que generen paz y armonía en el país en que estamos viviendo. Tenemos que vivir vidas productivas que generen prosperidad y firmeza en el país en que vivimos.

De la misma manera ocurre en el campo espiritual. A nosotros no nos costó nada la salvación de nuestras vidas y el regalo de la vida eterna. Al Señor Jesucristo le costó el rechazo, sufrimiento, humillación, dolor y lágrimas y, finalmente, su vida entregada en la Cruz del Calvario en donde derramó su Sangre para el perdón de nuestros pecados. Cristo nos trajo libertad (*Jn. 8:36 / Gál. 5:1*) y paz (*Ro. 5:1*). Somos libres. Es entonces nuestra responsabilidad el vivir en libertad y paz manteniendo la unidad del Espíritu Santo entre nosotros (*Ef. 4:3*). Es nuestra responsabilidad honrar a nuestro Libertador, ¿cómo lo honramos? viviendo vidas que lo reflejen a Él, viviendo vidas que levanten su Nombre, que den buen testimonio del cambio que Él está haciendo en nuestras vidas; viviendo vidas que reflejen el amor de Cristo entre nosotros. Es nuestra responsabilidad vivir vidas que generen paz y armonía entre nosotros. Es nuestra responsabilidad vivir vidas que trabajan duro para ser productivas, no solamente en la Iglesia, sino en la sociedad y en el país en que vivimos.

Con esto en mente podemos entrar al relato Bíblico de hoy:

“Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (v.16).

Después de haber sido bautizado, el Señor Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el diablo (*vv.1-13*). Lucas está demostrando con este acontecimiento no solo que el Señor Jesús tenía la capacidad moral y espiritual para ser el Mesías esperado por Israel, el que habría de liberarlos, sino que nos está mostrando que fue puesto a prueba exactamente igual que sucede con todo ser humano (*Heb. 4:15*). Si Él pudo resistir en su condición humana, nosotros también podemos.

Después de pasar con éxito la prueba de la tentación, el Señor Jesús volvió a su casa en Nazaret, en la Provincia de Galilea, al norte de Israel, en donde vivía, para comenzar formalmente su ministerio. La Escritura dice que volvió lleno del poder del Espíritu Santo (*v.14*), como sucede con toda persona que pasa tiempo en la presencia del Señor, llenándose del

Espíritu Santo. Cuando eso pasa, es decir, cuando vencemos la tentación y cuando pasamos tiempo llenándonos del Espíritu Santo, cosas grandes están por iniciar en nuestras vidas. A partir de salir victorioso de la tentación del diablo, el Señor Jesús comenzó su ministerio enseñando en las sinagogas de la provincia de Galilea (v.15), hasta que un día llegó a la sinagoga de la ciudad de Nazaret en donde vivió la mayor parte de su vida. Aquí encontraría rechazo y oposición de parte de las autoridades religiosas y de parte de la mayoría del pueblo a tal grado que querían hasta matarlo y por eso tendría que salir de la ciudad de Nazaret para establecer su nueva residencia y su nuevo centro de operaciones en la ciudad de Capernaum, también en la provincia de Galilea (Lc. 4:28-31).

Un día sábado, como era su costumbre, el Señor Jesús fue a la sinagoga para ser alimentado de la Palabra de Dios, como hoy hacemos todos los que venimos al Templo.

“Y se le dio el Libro del Profeta Isaías; y habiendo abierto el Libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar Buenas Nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (vv.17-19).

Cada sábado se leía un Libro de la Ley y otro de los Profetas. Tenían los judíos siete lectores; primero, un sacerdote; después, un levita; y después cinco miembros de la sinagoga. Seguramente el Señor Jesús había sido invitado para tener una de esas lecturas. La lectura que le tocó leer al Señor estaba basada en el Libro del Profeta Isaías (Is. 61:1-2). Lo que leía el Señor era justamente lo que Él estaba viviendo y haciendo en ese momento, es decir, Él estaba lleno del Espíritu Santo, trayendo esperanza para los humildes de corazón, sanando de enfermedades físicas y del alma, y trayendo libertad a los esclavizados por el pecado.

Algo muy importante en lo que tenemos que estar bien enfocados es que era Dios mismo, en la Persona del Señor Jesús, el Hijo, quien iba a hacer realidad ese mensaje de esperanza, de favor o de gracia para el necesitado que quiera escuchar y creer. La frase “el año agradable” era una referencia al año de Jubileo, que se celebraba cada 50 años y el cual era considerado un año de libertad; ese año todos los esclavos eran dejados libres y todas las deudas se perdonaban (Lv. 25:8-17). Pero la frase también deja bien marcado ese paso de vivir bajo el peso de la Ley a vivir bajo la gracia o el favor (favorable) de Dios.

“Y enrollando el Libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él” (v.20).

El Señor cerró el rollo y se lo entregó al ministro. La costumbre era que el lector diera una pequeña reflexión explicando la parte de las Escritura que le había tocado leer. Mientras la lectura se hacía de pie, en reverencia a la Palabra de Dios, la explicación se hacía sentado.

Todos estaban muy atentos a ver qué decía el Señor Jesús. ¿Qué sería lo que el hombre de quien está hablando todo el mundo tenía qué decirles? Hay una atmósfera de silencio, seguramente hasta se pudo oír el volar de una mosca.

“Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (v.21).

Esta fue una frase verdaderamente impactante para los que estaban reunidos en la sinagoga. Era la declaración formal y oficial de que el Señor Jesús era el Cristo, es decir, el Mesías esperado por Israel para traerles libertad y paz. ¿Y acaso no era verdad? Claro que sí, pues los ciegos estaban viendo, los mudos hablando, los sordos oyendo, los cojos caminando, los enfermos sanando, los lunáticos cuerdos, los poseídos por el demonio libres y TODOS recibiendo las Buenas Nuevas de Dios, es decir, recibiendo el mensaje de perdón de pecados y el regalo de la Salvación y vida eterna si tan solo lo escuchan, creen y se arrepienten de sus pecados. Definitivamente, el Señor estaba trayendo paz y esperanza a los afligidos de corazón, a los olvidados y despreciados, a los débiles y pobres, a las viudas, a los huérfanos y hasta a los extranjeros; a toda persona que con una actitud humilde y sincera esté dispuesta a escuchar y creer. El Reino de Dios, que es el mensaje central del Señor Jesús, se encontraba ya entre los seres humanos. Esta fue la respuesta que el Señor le dio a los enviados por Juan el Bautista cuando le preguntaron si era Él o a otro a quien habrían de esperar (Mt. 11:3). Definitivamente, el Mesías había llegado, el Cristo ya estaba aquí, el reino de Dios estaba entre los hombres.

“Y todos daban buen testimonio de Él, y estaban maravillados de las Palabras de Gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?” (v.22).

Al principio estaban maravillados de su prédica, porque hablaba con autoridad (v.32 / Mt. 7:29 / Mc. 1:22). También se maravillaban de las cosas que estaba haciendo entre el pueblo, sobre todo porque era alguien

a quien conocían, era uno de ellos. Pero entonces la actitud de estas personas comenzó a cambiar; no era posible que un hombre de cuna sencilla pueda ser el Mesías que los va a liberar; el Mesías tiene que venir de cuna real como David, pensaban (por cierto, su ignorancia que resaltaba su actitud legalista no les dejaba ver que el Señor Jesús venía de la línea de David por parte de padre y por parte de madre también). Además, su actitud cambió porque, como podemos leer en los siguientes versículos, el Señor no hizo ningún milagro para ellos y, por si fuera poco, les recordó la bondad de Dios para los gentiles (vv.23-27) enseñándoles con esto que el amor y la gracia de Dios estaba al alcance de toda persona que escuchara, creyera y recibiera el mensaje de Salvación y vida eterna. Esto era algo muy difícil de digerir para un judío arrogante, prepotente, altanero y envidioso.

En otras palabras, a la gente le gustó mucho lo que dijo acerca de que ya había llegado el Mesías y la esperanza de liberación para los judíos, y le gustó mucho también que fuera uno mismo de ellos quien trajera semejante mensaje de esperanza; pero lo que no les gustó es que un simple carpintero, hijo de carpintero, se autoproclamara ser ese Mesías esperado. Después de todo, como dijo Natanael, y era lo que pensaban la mayoría de los judíos, nada bueno podía salir de Galilea (*Jn. 1:46*). Así es que esa admiración muy rápidamente se convirtió en furia, una furia desbordante, a tal grado que querían matarlo aventándolo por un barranco pero no lo lograron (*vv.28-30*).

Conclusión.

Es bueno honrar a los grandes héroes que nos dieron patria, libertad y paz. Es nuestro deber honrarlos y nunca olvidarlos. Es nuestro deber hacer que valga la pena el sacrificio que hicieron por nosotros viviendo vidas modelos en la sociedad. Gloria sea a Dios por los héroes de la independencia de los Estados Unidos y por los héroes de la independencia de los países que representamos aquí.

Pero si celebrar esa libertad y paz es motivo de alegría, de gozo y de fiesta siempre, con mucha mayor razón cuando celebramos que hace 2,000 años vino al mundo el Libertador de la humanidad, el Único que podía traer paz a nuestras vidas. Esto debe ser un motivo de mayor gozo, alegría y fiesta honrando siempre a quien lo hizo posible: nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro agradecimiento debe ser diario y nuestra honra debe ser permanente. Y la mejor manera de agradecerle y honrarle es viviendo vidas santas, vidas buenas, vidas que reflejen su amor a los demás, vidas productivas.

El mensaje de esperanza, de perdón, de libertad y de paz es el mismo de hace 2,000 años. Las reacciones siguen siendo las mismas; muchos rechazan el Evangelio y prefieren abrazarse a su religiosidad como hicieron los judíos del tiempo del Señor. Otros pocos son quienes lo reciben, lo escuchan y lo creen.

Ya se cumplió la Escritura; en Cristo hay libertad y paz, hay salvación y vida eterna, y es nuestro deber decírselo al mundo aunque nos rechacen, nos maltraten y aún nos amenacen. Dios no permitió que le hicieran daño al Señor, su Hijo, porque todavía no era su hora. De la misma manera, Dios no permitirá que nos hagan daño a nosotros si todavía no es nuestra hora.

Los Estados Unidos están celebrando sus 241 años de libertad, pero una gran parte de esta gran nación, ciudadanos y residentes, viven todavía bajo la esclavitud del pecado. No saben que su alegría es temporal, pero el sufrimiento es eterno. Hay que decirles que es mejor el sufrimiento temporal en la tierra y el gozo eterno en el Cielo y que eso sólo se consigue cuando el Señor Jesús nos hace libres. ¿Cómo aportamos nosotros a la obra?, llevando el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Después de todo, Él mismo dijo: “...Si vosotros *permaneciereis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*” (Jn. 8:31-32). De esto estaré predicando la próxima semana. Amén... Vamos a orar...